

Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 98

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta.
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. ENILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 13 DE JUNIO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAYA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

La ley de irrigación EN LOS ESTADOS UNIDOS

Recién celebrado en Jerez de la Frontera el mitin de propaganda para llevar a la práctica el importantísimo asunto del pantano de Guadalquivir, consideramos de actualidad y verdadero interés extraer algunos párrafos que leemos en la prensa neoyorkina referentes al vitalísimo asunto de los riegos en los terrenos estériles por la carencia del preciado líquido.

De verdadero acontecimiento nacional puede calificarse el Congreso de Irrigación, ha poco celebrado en la ciudad del Colorado, y de cuya importancia podrá formarse una idea, con solo apuntar que pasó de mil el número de representantes que enviaron los diferentes Estados de la república americana.

Cuéntase que M. Newland, invertía fuertes sumas en suntuosos banquetes con los que obsequiaba a sus compañeros, a los cuales hacía pasar más tarde a un hermoso salón, donde les hacía disfrutar de magníficas proyecciones luminosas, cuyos asuntos estaban representados por grandes extensiones de terrenos totalmente incultos, y que más tarde presentábase a la vista de los distinguidos espectadores, convertidos en soberbios sembrados plétóricos de frutos, debido a los incalculables beneficios del preciado elemento.

El por tantos conceptos utilísimo «bill» recientemente aprobado, ordena la venta de los terrenos de la propiedad del Estado, y la aplicación de sus grandes rendimientos a la irrigación de los más áridos, entre los que se cuentan los de California, Colorado, Nuevo México, Oregón, Utah, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Oklahoma, Washington, Idaho y otros varios.

Uno de los personajes que ha prestado su apoyo más decidido a la aprobación de la ley de Irrigación, ha sido el

presidente Roosevelt; y el secretario Wilson, se expresó en la Cámara en los siguientes términos.

«Al irrigar estas tierras áridas, el producto de la región occidental del país vendrá a aumentar simplemente el conjunto de la riqueza que el labrador americano aporta para la exportación agrícola. La irrigación crea mercados domésticos, y formará un mercado para nuestros productos en Asia, que absorberá todo el excedente de los productos agrícolas del Occidente, por extensas que sean las tierras que van a cultivar».

Para formarse una idea de la importancia que para los Estados Unidos tiene la ley de referencia, sólo consignaremos que por efectos de ella, y en el término de treinta años, contará la república Norte-Americana 78.680.000 acres más de tierra fértil.

Para terminar estos apuntes, y no sin hacer constar la aversión que siempre demostró mister Newlands al desmedido afán de la mayoría de sus colegas parlamentarios de poseer colonias, transcribiremos unas frases que atribuye la prensa de su país, al distinguido autor del referido «bill»: «Los Estados Unidos deben cesar de irrigar suelos extranjeros, y empezar la irrigación de sus propias tierras áridas».

«¡Oh! si en nuestro país se preocuparan los gobernantes algo más de lo que lo hacen, del bienestar de sus gobernados! ¡Cuánto mucho y bueno podría hacerse de nuestro privilegiado suelo.

EN EL PRADO

A pesar de la noche estar muy fresca

Frescos hubo demás,

Que luciendo las capas y gabanes

Se marcharon al Prado a pasear.

Adolfo Colorado, un polvorista,

Artista de verdad,

Nos quemó unos castillos, como siempre

De última novedad.

La plebe que es amiga de estas fiestas

Como un inmenso mar,

Se agitaba en el Prado entusiasmada

Por la solemnidad.

Petronilo Barrera, maestro olebre

Se puso allí torear,

Dirigiendo su banda cada pieza

De rara antigüedad.

Muchachos hechiceros ví á montones

Luciendo trajecitos de percal,

Y dando tiritones de cuartana,

Porque el frío que hacía era glacial.

En fin se inauguró la temporada

Y en el Prado podemos pasear.

Aunque lloviera, aunque nieve, aunque gra-

(nió,

Sin miedo á pulmonías alcanzar.

E.

CUENTO

EL CABO GARCÍA

I

El destacamento que guarnecía el fuerte levantado en las inmediaciones del Potrero, no podía ser más reducido.

Quince soldados y un sargento, que, teniendo noticias de que considerables fuerzas enemigas acampaban á corta distancia, vigilaban sin tregua ni descanso á fin de evitar una sorpresa.

Crítica era en verdad la situación de aquel puñado de valientes, puesto que, en caso de ser atacados, no hubieran podido recibir por el momento auxilio ni refuerzo alguno.

Para colmo de males y aumento de zozobras, el cabo García había desaparecido la noche anterior y en vano el sargento y los soldados recorrieron en su busca los alrededores del fuerte.

García no pareció y algunos de sus compañeros rezaron ferrocamente por su alma no dudando que su cuerpo habría servido á aquellas horas, de verdadera merienda de negros.

II

Por un moreno muy adicto á España,

que prestabas servicios en el potrero, supieron nuestros soldados que los insurrectos habían recibido aquella tarde gran cantidad de municiones.

Según el relato del confidente, las cajas de cartuchos y los barriles de pólvora ascendían á un número considerable.

Esto aumentó la preocupación del sargento, si bien la atenúó en parte la noticia de que el enemigo se disponía á abandonar aquellos lugares ante la aproximación de una columna de nuestro Ejército.

Mas no por eso se dejó de seguir ejerciendo la más escrupulosa vigilancia.

La desaparición del cabo García les inquietaba, sin que la conversación de los soldados del destacamento acertase á girar sobre otro asunto.

III

Cerró la noche.

Una noche tan tenebrosa y lóbrega, que hubiera sido difícil distinguir un hombre á medio metro de distancia.

Los centinelas, arma al brazo y ojo avizor, escudriñaban hasta donde la situación lo permitía los alrededores del fuerte.

Nadie dormía.

Que en tiempo de guerra el descanso de los soldados es velar.

Mas tampoco se notaba en aquellos hijos de España el menor síntoma de temor.

Conocedores del peligro estaban dispuestos á cumplir con su deber y á morir luchando como buenos en caso necesario.

El silencio era absoluto.

Reinaba una calma imponente y ni la más leve ráfaga de viento agitaba las hojas de las plantas.

De repente vieron una llamarada que se elevó á muchos metros de altura y oyeron una espantosa detonación, que hizo temblar el suelo y erigir las maderas de que el fuerte estaba formado.

Momentos después, percibieron el le-

Su historia un nombre de monarca encierra,
el la ideó con entusiasta anhelo,
fue el más grande de la tierra
y el que midió la inmensidad del cielo.
Siendo valiente detestó la guerra,
noble evitando ensangrentar el suelo,
el definió la Ley desconocida
y fué una estrofa de dolor su vida.

Pasó el sabio monarca castellano
un día la vecina cordillera
y se detuvo en el manchego llano
antes de trasladarse á la frontera,
donde contra él se alzó el mahometano,
y como tierras tan feraces viera,
mandó que se poblase aquí Real Villa
cabeza de esta parte de Castilla.

A nobles gentes que en la tierra habían
mandó hacer las calles regulares
por do las cercas de la Villa irían
él mismo señalando los lugares
y con piedra labrada luego harían
Puerta que diera paso á nuestros lares,
la que está en el camino de Toledo,
gloria del arte del murado ruedo.

Solicitas las gentes acudieron
mientras el rey compaña esperaba
de Infantes, ricos-hombres, que vinieron,
el plano de la Villa delineaba.
Los del lugar las obras emprendieron,
y Alfonso que á la guerra se aprestaba,
la fundación preside de la Villa
é fuese para Córdoba é Sevilla.

Empiézase á formar gran Villa é bona,
y vienen á poblarla caballeros,
á quien dá mil franquicias la Corona
y les concede preeminencias fueros.
El pago de Portazgo les condona,
y aplicará castigos muy severos
al que ose el privilegio quebrantallo
del suyo donadio, ni menguallo.

Le dá Villar del Pozo y Zuheruela
por aldeas y término á la Villa
y Poblet y Albalat y Figueruela
y ya cabeza de la Mancha brilla.
De tal modo realiza cuanto anhela
aquel sabio monarca de Castilla,
y dispone sus armas y tesoros
para vencer los lavantiscos moros.